

# **Industria limpia, sí. Pero competitiva**

**FELIX DE LAS CUEVAS CORTES**

**Diputado nacional por Cantabria del Partido popular**

España necesita más industria. No es una consigna política ni una preferencia ideológica: es una necesidad económica. La industria genera empleo estable, impulsa la innovación y fortalece nuestra autonomía productiva en un mundo cada vez más incierto. Sin embargo, en los últimos años el debate industrial en Europa se ha deslizado con demasiada frecuencia hacia posiciones que ignoran una realidad elemental: sin competitividad no hay transición ecológica posible.

Nuestro tejido industrial atraviesa un momento delicado. La combinación de costes energéticos elevados, creciente presión regulatoria y competencia internacional cada vez más intensa ha erosionado la posición de muchas empresas, especialmente de aquellas con mayor consumo energético. Sectores electrointensivos que durante décadas han sido pilares de nuestra economía afrontan hoy un escenario de incertidumbre que no podemos ni debemos ignorar.

Ante esta situación, algunas voces plantean soluciones aparentemente simples: romper con el marco europeo, eliminar el mercado de emisiones o cuestionar compromisos internacionales. Son planteamientos que pueden resultar “llamativos” en el debate político, pero que no resuelven los problemas reales de nuestra industria. Más bien al contrario: introducirían una enorme inseguridad jurídica en un momento en el que la inversión necesita justamente lo contrario.

La industria española está profundamente integrada en el mercado europeo. La mayor parte de nuestras exportaciones se dirigen a la Unión Europea y buena parte de la inversión industrial depende de la estabilidad normativa que proporciona ese espacio común. Pretender fortalecer nuestra industria desde el aislamiento sería un error estratégico de primer orden.

La alternativa no es la resignación, sino la reforma. Europa debe revisar aquellos elementos de su política industrial y energética que están debilitando la

competitividad de sus empresas. Y España debe liderar esa discusión desde dentro, no desde fuera. En eso está el Partido Popular a través del Partido Popular Europeo, incidiendo en los cambios necesarios, pero siempre dentro de la Unión Europea.

En primer lugar, necesitamos una política industrial europea estable y previsible. Las empresas toman decisiones de inversión a largo plazo y necesitan reglas claras. Cambios regulatorios constantes o marcos normativos excesivamente complejos generan incertidumbre y frenan proyectos industriales que podrían crear empleo y riqueza.

En segundo lugar, es imprescindible abordar la simplificación normativa. En demasiadas ocasiones, las empresas europeas se enfrentan a una carga burocrática que sus competidores internacionales simplemente no tienen. No se trata de rebajar estándares ambientales, sino de evitar duplicidades, simplificar procedimientos para que las empresas puedan concentrarse en innovar y producir.

La energía es otro de los grandes retos. Una industria competitiva necesita energía competitiva, sin dejarnos llevar por dogmas ideológicos trasnochados tal y como lleva haciendo el gobierno de Pedro Sánchez desde 2018. Por supuesto que hay que apostar por las energías renovables, pero también por la estabilidad del sistema eléctrico y por la neutralidad tecnológica. En este sentido, mantener y ampliar la vida útil de las centrales nucleares forma parte de una estrategia realista para garantizar precios razonables y seguridad de suministro mientras avanzamos hacia un sistema energético cada vez más limpio.

Además, es urgente e imprescindible que el Gobierno de España acelere las inversiones en infraestructuras eléctricas. Las redes de transporte y distribución son la columna vertebral de la electrificación industrial. Sin una planificación adecuada y sin inversiones suficientes, la transición energética corre el riesgo de convertirse en un obstáculo para el desarrollo industrial.

Por ello el Gobierno de España debe escuchar al sector industrial, así como a las Comunidades Autónomas que como Cantabria, están demandando el acceso a la red eléctrica adecuada, moderna y suficiente para poder brindar la demanda

eléctrica que requieren los nuevos proyectos industriales en nuestra tierra que van a traer inversión, crecimiento y por tanto nuevos puestos de trabajo.

Un capítulo especialmente relevante para la industria es el del mercado europeo de emisiones de CO<sub>2</sub>. El sistema de comercio de emisiones se creó con el objetivo de incentivar la reducción de emisiones de forma eficiente. Sin embargo, su evolución en los últimos años ha generado tensiones evidentes para determinados sectores industriales.

Eliminarlo de manera unilateral no es una solución viable. Pero sí es necesario reformarlo para evitar efectos especulativos y para garantizar que cumple su objetivo ambiental sin poner en riesgo la competitividad industrial europea. Una posible vía es avanzar hacia mecanismos que permitan una mayor interacción entre la industria y sectores como la agricultura o la gestión forestal, reconociendo el valor económico de la captura de carbono y generando nuevas fuentes de ingresos en el medio rural.

Al mismo tiempo, Europa debe ser firme en la defensa de su industria frente a prácticas comerciales desleales. No tiene sentido exigir a nuestras empresas estándares ambientales muy elevados si luego permitimos la entrada de productos procedentes de países que no cumplen esas mismas reglas. Los mecanismos de ajuste en frontera y una política comercial más equilibrada deben formar parte de la respuesta.

La transición ecológica es necesaria. Nadie discute la importancia de avanzar hacia una economía más sostenible. Pero hacerlo de espaldas a la realidad industrial sería un error que pagaríamos muy caro. Las políticas climáticas deben diseñarse de forma que impulsen la innovación y la modernización industrial, no que provoquen deslocalizaciones o cierres de plantas productivas.

España no tiene que elegir entre industria y sostenibilidad. Debe aspirar a ambas. Pero para lograrlo necesitamos pragmatismo, rigor y una visión estratégica que sitúe la competitividad en el centro de las decisiones.

Reindustrializar Europa es uno de los grandes desafíos de esta década. Si queremos afrontarlo con éxito, debemos abandonar los debates simplistas y

apostar por soluciones realistas. Industria limpia, sí. Pero también fuerte, competitiva y capaz de generar prosperidad para las próximas generaciones.